

T. B. MACAULAY

HISTORIA

La Novela de la Historia, Inglaterra, por HENRY NEELE, Londres

Traducción del inglés por el Dr. Luis M. Drago

Es cosa muy fácil escribir historia de una manera respetable, esto es, abreviar despachos y hacer extractos de discursos, repartir proporcionalmente epítetos de alabanza y vituperio, describir caracteres antitéticos de grandes hombres, mostrar cuántas virtudes y vicios contradictorios se reunían en ellos, haciendo uso de los *con* y de los *sin* en abundancia. Pero ser realmente un gran historiador, es la mas rara de las distinciones intelectuales. Hay muchas obras científicas absolutamente perfectas en su jénero. Hay poemas que nos inclinaríamos á considerar exentos de todo defecto ó solamente empañados por ligeras sombras que pasan desapercibidas en el esplendor jeneral de su escelencia. Hay discursos, sobre todo algunos discursos de Demóstenes, en los cuales sería imposible cambiar una palabra sin ocasionarles perjuicio. Pero no conocemos ninguna historia que se aproxime á la nocion de lo que debe ser una historia; no sabemos de ninguna historia que no se aparte, con mucho, á la derecha ó á la izquierda, de la línea precisa que debió recorrer.

Fácil es alcanzar la causa. Esta provincia de la literatura es una rejion litijiosa. Se estiende en los confines de dos territorios diversos. Se halla sometida á la jurisdiccion de dos poderes hostiles, y, como otras comarcas colocadas en situación semejante, está mal delimitada, mal cultivada, mal reglamentada. En vez de repartirse por igual entre sus dos dominadoras, la Razon y la Imajinacion, cae alternativamente bajo el imperio absoluto de una de las dos. Unas veces es ficcion y otras teoria.

La historia, se ha dicho, es la filosofía que enseña con ejemplos. Desgraciadamente lo que la filosofía gana en vigor y profundidad, lo pierden casi siempre en viveza los ejemplos. Un historiador perfecto ha de tener una imaginación suficientemente poderosa para que sus relatos sean interesantes y pintorescos, moderada por el suficiente dominio de sí mismo, que lo haga capaz de contentarse con los materiales que encuentra, refrenando toda tendencia á suplir sus deficiencias con adiciones propias. Necesita ser un razonador ingenioso y profundo, con la serenidad de espíritu bastante para abstenerse de adaptar los hechos al molde de sus hipótesis. Los que estimen en su justo valor estas dificultades casi insuperables, no estrañarán que todos los escritores hayan escollado yá en la parte narrativa ó yá en la especulativa de la historia.

Puede sentarse como una regla jeneral, aunque sujeta á muchas calificaciones y escepciones, que la historia comienza en la novela para terminar en el ensayo. Herodoto es el primero y el mejor de los historiadores novelistas. Su animación, su injénua ternura, su maravilloso talento para la descripción y el diálogo y el puro y armonioso raudal de su lenguaje, lo colocan á la cabeza de los narradores. Nos hace el efecto de un niño encantador. Hay gracia sin sospecha de afectación en su torpeza, malicia en su inocencia, inteligencia en sus contrasentidos, elocuencia insinuante en sus balbuceos. No conocemos ningun escritor que atraiga tanto el corazón de sus lectores hácia él y hácia su libro. A distancia de veintitres siglos nos inspira la misma especie de compasiva ternura que es fama despertaron en la sociedad Fontaine y Gay. Ha escrito un libro incomparable. Ha escrito algo mejor, tal vez, que la mejor historia, pero no ha escrito una buena historia, porque es un inventor desde el primero hasta el último capítulo. No nos referimos á las gruesas ficciones que los críticos de los últimos tiempos le reprochan. Hablamos de ese colorido difundido por igual en toda la obra, que constantemente deja al lector mas sagaz en la duda de lo que ha de desechar y lo que debe aceptar. Las partes mas auténticas están con las mas estravagantes leyendas en la misma relación que Enrique V con «La Tempestad». Hubo una expedición emprendida por Jerjes contra la Grecia y hubo una invasión á Francia. Se dió una batalla en Platea y se dió otra batalla en Azincourt. Cambridge y Exeter, el condestable y el delfin han sido personajes tan reales como Demarato y Pausanias. La arenga del arzobispo sobre la ley sálica y el «Libro de los Números», difieren mucho

menos de las oraciones que, en todo tiempo, han procedido del Banco de los Reverendísimos, que los discursos de Mardonio y de Artabano, de los que se pronunciaban en el consejo de Susa. Shakespeare nos hace enumeraciones de ejércitos y cuentas de muertos y heridos que no tienen, lo sospechamos, menor exactitud que las de Herodoto. Hay pasajes en Herodoto casi tan largos como los actos de Shakespeare, en los cuales todo está dicho de una manera dramática y en que la narracion solo responde á propósitos teatrales. Es posible, sin duda, que la sustancia de algunas conversaciones verdaderas haya sido referida al historiador. Pero encontramos narrados con la mayor minuciosidad de detalles, acontecimientos cuyos pormenores nunca hubiera él podido conocer, como que pasaron, si es que alguna vez ocurrieron, en remotas edades y naciones. Se nos cuenta todo lo que Candaules le dijo á Gijes y todo lo que pasó entre Astiajes y Harpago. Fuera de esto no nos es posible saber si hemos de dar crédito á otra cosa que á los grandes lineamientos de aquellos mismos sucesos respecto de los cuales pudo el narrador hallarse bien informado; si, por ejemplo, nos ha sido correctamente trasmitida la respuesta de Gelon á los embajadores de la confederacion griega ó las palabras cambiadas entre Aristides y Temístocles en la famosa entrevista. Sin duda alguna los acontecimientos culminantes han sido fielmente relatados. Verdaderos son, tambien, probablemente, muchos de los mas nímios detalles, pero es imposible averiguar cuáles de entre ellos. Las ficciones se parecen tanto á los hechos y los hechos tanto á las ficciones, que, respecto de muchas de las mas interesantes circunstancias, nuestra opinion no se confirma ni se desautoriza, sinó que permanece en una situacion de expectativa, difícil é indeterminada. Sabemos que allí está la verdad, pero no podemos decir con precision adónde está.

Los defectos de Herodoto son los de todo espíritu sencillo é imaginativo. Los niños y los criados son marcadamente herodotianos en su estilo de narracion. Todo lo hablan en una forma dramática. Sus *él dijo* y *ella dijo*, se han hecho proverbiales. Quien haya tenido ocasion de dirimir sus disputas, sabe que, aun cuando no tengan el propósito de desfigurar los hechos, sus relatos de conversacion deben ser siempre cuidadosamente escuchados. Si un hombre educado refiriera el último cambio de administracion, diría: «Lord Goderich renunció, y el rey, en consecuencia, llamó al duque de Wellington». Un portero cuenta el caso como si hubiera estado trás las cortinas del

lecho real en Windsor: «Entonces lord Goderich dijo: Yo ya no puedo entenderme con este asunto y me voy. Entonces el rey dijo: Bueno, si es así, llamaré al duque Wellington y negocio concluido». Esta es la forma jentuna del padre de la historia.

Herodoto escribía como era natural que escribiera. Escribía para una nación susceptible, curiosa, activa, con un deseo insaciable de novedades y de escitaciones: para una nación en que las bellas artes habían alcanzado su mas alto grado de desenvolvimiento, pero donde la filosofía no había salido de la infancia. Sus compatriotas comenzaban á cultivar recién la composición en prosa. Los negocios públicos habían sido jeneralmente recordados en verso. Los primeros historiadores pudieron, por eso, incurrir, sin temor de censura, en la licencia de sus predecesores los bardos. Los libros eran pocos. Los acontecimientos de tiempos anteriores se conocían por la tradición y las baladas populares: las costumbres de países estraños, por los relatos de los viajeros. Es bien sabido que el misterio que circunda todo lo que está distante, ya sea en el espacio ó en el tiempo, nos induce á no considerar inverosímil lo que sabemos que es imposible. Nos asombramos de que uno de nuestros dragones haya dado muerte á tres coraceros franceses, y, sin embargo, leemos sin la mas mínima sorpresa que Godofredo los despedazó por miles y Reynaldo por decenas de mil. No hace cien años que los mas eminentes filósofos fundaban gravemente sus teorías políticas en relatos de la China y de Bantam que no hubiera podido creer una comadre vieja. La jeneracion de Creso y de Solon era para los griegos del tiempo de Herodoto lo que las cruzadas son para nosotros. Babilonia era para ellos lo que Pekin para los académicos franceses del último siglo.

Para ese pueblo fué escrito el libro de Herodoto, y, si hemos de creer una version no sancionada, es cierto, por escritores de alta autoridad, pero no improbable en sí misma, fué escrito no para ser leído sinó para ser escuchado. El autor no aspiraba á la circulacion tardía de unos pocos ejemplares que solo podían adquirir los ricos. Los grandes juegos olímpicos—solemnidad que congregaba las multitudes, orgullo del nombre griego, desde las salvajes montañas de Doria y las remotas colonias de Italia y Libia—debían ser testigos de su triunfo. El interés de la narracion y la belleza del estilo eran auxiliados por el efecto imponente del recitado, por el esplendor del espectáculo, por la influencia poderosa de la simpatía. De muy fria y escéptica

naturaleza hubiera sido el crítico bastante osado para pedir autoridades en medio de semejante escena, y había allí muy pocos críticos de esa especie. Como era el historiador, así eran los oyentes: inquisitivos, crédulos, movidos fácilmente por el celo religioso ó el entusiasmo patriótico. Eran los hombres indicados para complacerse en las relaciones de animales extraños, de pájaros y árboles, de enanos, de gigantes y caníbales, de dioses cuyos verdaderos nombres era impío pronunciar, de antiguas dinastías cuyos monumentos sobrepujaban á todas las obras conocidas, de ciudades como provincias, de ríos como mares, de murallas estupendas y templos y pirámides, de ritos celebrados por los magos al romper el día en la cumbre de las montañas, de secretos inscritos en los eternos obeliscos de Mentis. Con igual placer hubieran escuchado las graciosas concejas de su propio país. Entre tanto oían contar el exacto cumplimiento de oscuras predicciones, el castigo de crímenes sobre los cuales parecía dormitar la justicia del cielo; se les hablaba de sueños, de presajios, de advertencias de los muertos, de princesas en cuyo obsequio nobles servidores luchaban en todos los ejercicios de la habilidad y de la fuerza, de niños estrañamente salvados del puñal del asesino para cumplir altos destinos.

Al aproximarse el relato á la época de los oyentes, el interés se hacía aun mas palpitante. A esa altura tenia el cronista que contar el gran conflicto de donde deriva la supremacia política ó intelectual de la Europa—relato que, aun á la distancia del tiempo actual, es uno de los mas maravillosos y conmovedores de los anales de la raza humana,—lleno con todo lo grande y sorprendente, con todo lo patético y animado, con los gigantescos caprichos de la riqueza inlinita y el poder despótico y los mas encumbrados milagros de la sabiduría, la virtud y la ciencia. Hablábales de ríos desagotados en un día, de provincias asoladas para preparar una comida, de un pasaje para los bajeles escavado al través de las montañas, de un camino para los ejércitos tendido sobre las olas, de monarquías y repúblicas destruidas, de ansiedades, de terror, de confusiones, de desesperacion,—y luego de corazones altivos y porfiados que no se dejaban abatir por tal intensidad de males, de resistencias desesperadas sostenidas largo tiempo contra enemigos superiores, de vidas que se vendian caramente cuando ya no era posible resistir, de reconquistas y venganzas sin ejemplo. Todo lo que diera un colorido mas intenso de realidad á esa narracion tan bien calculada para inflamar las pasiones y

lisonjear la vanidad nacional, llevaba la seguridad de ser favorablemente acogido.

Desde la época en que se dice que Herodoto compuso su historia hasta la conclusion de la guerra del Peloponeso, transcurrieron unos cuarenta años, cuarenta años repletos de grandes acontecimientos políticos y militares. Las circunstancias de ese periodo tuvieron grande influencia en el carácter griego y en ninguna parte fué mas sensible esa influencia que en la brillante democracia de Atenas. Y á la verdad que difícilmente hubiera podido un ateniense escribir, aun en los tiempos de Herodoto, un libro tan novelesco y verboso. Con el adelanto de la civilizacion, los ciudadanos de la famosa república se hicieron menos visionarios é injenuos. Aspiraron á saber lo que sus padres se habian contentado con poner en duda; empezaron á dudar de las cosas que sus antepasados se consideraron obligados á creer.

Aristófanés se complace en aludir á este cambio operado en el carácter de sus compatriotas. En *Las Nubes*, padre é hijo son representantes de las jeneraciones á que respectivamente pertenecieron. Nada muestra mas claramente la naturaleza de esa revolucion moral que las modificaciones introducidas en la tragedia. La ruda sublimidad de Esquilo fué ridiculizada por cualquier jóven Fidippidas. La poesía fué sustituida por lecturas sobre puntos abstrusos de filosofia, por las sutiles distinciones de la casuística y la esgrima deslumbradora de la retórica. El idioma perdió algo de la suavidad infantil que lo habia caracterizado. Se hizo menos parecido al antiguo toscano para acercarse mas al francés moderno.

La lójica de moda entre los griegos era, á la verdad, muy poco estricta, como sucede siempre donde los libros son escasos y se recoje las informaciones oralmente.

Todos sabemos cuántas falsedades, que, estampadas en el papel, serian inmediatamente desechadas, pasan por argumentos incontestables cuando diestra y volublemente se las insinúa en el parlamento, en el foro, en la conversacion privada. La razon es evidente. No podemos inspeccionarlas con la rijidez necesaria para apercibirnos de su inexactitud. No nos es posible comparar fácilmente las unas con las otras. Perdemos de vista una parte del discurso antes de llegar á otra intimamente correlacionada con ella, y como no se lleva un registro inmutable de lo que se ha admitido y de lo que se ha negado, pasan sin dificultad las contradicciones mas directas. Casi toda la educacion de los griegos consistia en aprender á hablar y

á escuchar. Formaban sus opiniones de gobierno en los debates de la asamblea. Si querian estudiar metafisica, en lugar de encerrarse con un libro, iban á pasearse á la plaza pública en busca de un sofista. Tan completamente se habían amoldado los hombres á estas costumbres, que los escritos mismos revestian cierto aire de conversacion. Los filósofos adoptaron el diálogo como la forma mas natural de trasmision de los conocimientos. Sus razonamientos ofrecen los méritos y defectos inherentes á ese jénero de composicion y se caracterizan mas bien por la rapidez y la sutileza que por la profundidad y la precision. La verdad se exhibe fragmentariamente y como por vislumbres. Insinúan innumerables y hábiles sujestiones, pero no edifican ningun sistema sólido y durable. Su recurso favorito es el *argumentum ad hominem*, muy eficaz en los debates, pero absolutamente inútil para la investigacion de principios jenerales. Así, aunque no puede ser mas admirable el injénio que Sócrates despliega en las conversaciones que Platon ha referido ó inventado, sus triunfos, en la mayoria de los casos, no nos reportan ningun provecho. Se ha recojido un trofeo, pero no se anexa ningun territorio nuevo á los dominios del espíritu humano. Era, repetimos, imposible que la historia conservara su antiguo carácter, cuando millares de inteligencias ágiles se ocupaban de discutir sobre el mérito de las acciones y los principios del gobierno. Se hizo menos pintoresca y menos abundante, pero mucho mas exacta y un tanto mas científica.

La historia de Tucídides difiere de la de Herodoto lo que un retrato de la representacion de una escena imaginaria, lo que el Burke ó el Fox de Reynolds se diferencian de su Ugolino ó su Beaufort. En el primer caso existe un arquetipo; en el segundo se le inventa. Las facultades necesarias para el último propósito son mas elevadas y mas raras que las requeridas para el primero, y, en realidad, necesariamente las comprenden. Quien es capaz de pintar lo que vé con los ojos del espíritu, seguramente lo es tambien de describir lo que percibe con los ojos del cuerpo. El que puede inventar una anécdota y contarla bien, puede igualmente referir de una manera interesante otra anécdota que no haya inventado. Si, en la práctica, algunos de los mejores escritores de ficcion, se hallan colocados entre los que peor han escrito la historia, ello consiste en que uno de sus talentos ha compenetrado tan profundamente al otro, que ya no ha sido posible separarlos; habiéndose habituado á inventar y narrar á un mismo tiempo, no pueden ya narrar sin inventar.

No han faltado artistas caprichosos y descontentadizos que afecten considerar la pintura de retratos como indigna de un hombre de jénio. Algunos críticos han hablado en el mismo sentido de la historia. Johnson plantea así la cuestión: El historiador refiere lo que es falso ó lo que es verdadero: en el primer caso no es historiador; en el segundo no tiene oportunidad de desplegar sus talentos, porque la verdad es una y todo el que diga la verdad tiene que decirla de la misma manera.

No es difícil eludir los dos términos del dilema. Recurriremos para ello al arte análogo de la pintura de retratos. Puede enseñarse á hacer un retrato á cualquier persona que tenga ojos y manos. El proceso para ello es, hasta cierto punto, puramente mecánico. Si esto fuera todo, los hombres de talento deberían, con razon, desdeñar una ocupacion semejante. Pero podemos indicar retratos que son parecidos, pero no solamente parecidos, fieles, pero mucho mas que fieles, retratos que condensan en un punto de tiempo y exhiben á la primera mirada toda la historia de una vida tormentosa y llena de accidentes, en los que el ojo parece escudriñarnos y la boca mandarnos, en que amenaza el entrecejo y el lábio casi tiembla de desdén, en que cada arruga es el comentario de algun hecho importante. El relato que Tucídides ha hecho de la retirada de Siracusa, es, entre las narraciones, lo que el lord Stratford de Van Dick entre las pinturas.

La diversidad, se dice, implica error; la verdad es una y no admite grados. Respondemos que este principio solo es cierto en los razonamientos abstractos. Cuando hablamos de la verdad imitativa de las bellas artes, nos referimos á una verdad imperfecta que admite gradaciones. Ninguna pintura es exactamente semejante al orijinal, ni las pinturas son buenas en la proporcion en que se asemejan á sus orijinales. Cuando Sir Thomas Lawrence pinta una bella duquesa, no la contempla á través de un poderoso microscópio ni traslada al lienzo los poros de la piel, los vasos sanguíneos del ojo ni todas las demás bellezas que Gulliver descubrió en las damas de honor de Broddnaggiam. Si tal hiciera, produciría un efecto no solo desagradable, sinó absolutamente *falso*, á menos de aumentar proporcionalmente la escala del cuadro. Y luego, un microscópio de mayor poder que el usado, lo convencería de numerosas omisiones.

Otro tanto puede decirse de la historia. No es posible que sea perfecta y absolutamente verdadera, porque para ser per-

fecta y absolutamente verdadera, debería contener *todos* los mas pequeños pormenores de los hechos mas nimios, todas las cosas pasadas y las palabras pronunciadas en la época de que se ocupa. La omision de cualquier circunstancia, aun la mas insignificante, seria en ella un defecto. Si así se escribiera la historia, la biblioteca Bodleyana no bastaría para contener los sucesos de una semana. Lo consignado en los mas abundantes y prolijos anales, está en una proporecion infinitamente pequeña con lo que en ellos se omite. La diferencia que hay entre la copiosa obra de Clarendon y la relacion de las guerras civiles en el compendio de Goldsmith, se desvanece cuando se la compara con la inmensa masa de hechos que ambas silencian.

No hay pintura, pues, como no hay historia que pueda presentarnos la verdad completa, pero las mejores pinturas y las mejores historias son las que exhiben aquellos fragmentos de verdad que mas próximamente producen el efecto del todo. Cuando no se sabe elejir, es posible, sin mostrar otra cosa que la verdad, producir el efecto de la mas grande mentira. Muchas veces sucede que un escritor dice menos verdad que otro, solamente porque consigna mas verdades. En las artes imitativas ocurre á cada paso lo mismo. Hay líneas en la fisonomía humana y objetos en la naturaleza que guardan tal relacion unos con otros, que en un cuadro es menester introducirlos ú omitirlos á todos. Un boceto en que ninguno de ellos figure puede ser excelente, pero si se toman algunos y se dejan otros de lado, por mas que en realidad haya mayor número de puntos de semejanza, resultará menor semejanza total. Una línea hecha al correr de la pluma que marque los rasgos de una actitud, dará de ella idea mas exacta que una mala pintura al óleo. Sucede así que los peores cuadros de Somerset House, se asemejan por muchos conceptos á sus orijinales. Un busto de mármol blanco puede dar una excelente idea de una cara llena de frescura. Coloréese los lábios y las mejillas del busto sin tocar los cabellos ni los ojos y la semejanza disminuirá en lugar de aumentar.

La historia tiene su primero y su segundo plano y es principalmente en el manejo de la perspectiva que unos artistas se distinguen de otros. Puede representarse algunos acontecimientos en vasta escala, otros en proporecion disminuida, la gran mayoría se perderá acaso en los celajes del horizonte y unos lijeros toques servirán para dar idea jeneral de los efectos de conjunto.

A este respecto, ningun escritor ha igualado á Tucídides.

Era maestro completo en el arte de la disminucion gradual. Su historia es á veces tan concisa como una tabla cronológica, sin dejar por eso de ser sugestiva, otras es tan minuciosa como una carta de Lovelace sin que llegue nunca á hacerse prolija. Nunca yerra en el arte de condensarse y estenderse en el lugar debido.

Tucídides tomó de Herodoto la práctica de poner discursos de su cosecha en boca de los personajes. Este uso es apenas censurable en Herodoto. Está en consonancia con todos sus procedimientos. Pero en la obra de su sucesor, es, por todos estilos inconveniente y violatorio no solo de la autenticidad de la historia sino tambien del decoro de la ficcion. Una vez que se ha penetrado en el espíritu de Herodoto no se le encuentra inconsistente. La probabilidad convencional de su drama se conserva desde el principio hasta el fin. Los discursos deliberativos y los diálogos familiares tienen estrechas conexiones. Pero los discursos de Tucídides no van precedidos ni seguidos de nada que se armonice con ellos. Imprimen al libro algo del carácter grotesco de esos paisajes chinos en que repentinamente surge una roca perpendicular de granito en medio de una suave y verde pradera. La invencion se hace chocante cuando la verdad está en tan estrecha justaposicion con ella.

Tucídides nos advierte honradamente que algunos de los discursos son puramente ficticios. Puede que haya conservado la sustancia de otros con fidelidad pero es de toda evidencia que solo esa sustancia ha quedado en ellos. En todos se distinguen las formas de pensamiento y de expresion peculiares del historiador. Las singularidades nacionales é individuales rara vez se traducen en los sentimientos y nunca en la diction. La oratoria de los Corintios y de los Tebanos, no es menos ática, en su fondo y en su forma, que la de los atenienses. El estilo de Cleon es tan puro, tan austero, tan terso, tan conceptuoso como el de Pericles.

Apesar de este gran defecto, hay que confesar que Tucídides, sin incurrir en la licencia de inventar, ha sobrepasado á todos sus rivales en lo que concierne á la narracion histórica y al arte de impresionar la imaginacion por la esquisita seleccion y arreglo de los materiales. Pero la narracion no es todo, por mas que entre por mucho en las tareas del historiador. Las moralejas deducidas de obras imaginativas son supérfluas ó inútiles. Las ficciones pueden impresionar mas vivamente que la realidad, pero no enseñan nada nuevo. Si nos presentan caracteres y séries de acontecimientos totalmente diversos de los

que conocemos por experiencia, no los incorporamos á nuestra instruccion sinó que los declaramos faltos de naturalidad. No formamos con ellos una opinion nueva sinó que los apreciamos con nuestras opiniones preconcebidas. La ficcion es al propio tiempo esencialmente imitativa. Su mérito estriba en la similitud que nos ofrezca con algun modelo familiar ó al cual por lo menos podamos referirnos fácilmente. Por eso disuenan en la novela las anécdotas que mas nos interesan en los relatos auténticos. Lo que se llama la parte novelesca de la historia es en realidad la menos novelesca de todas. Nos agrada como historia porque contradice nuestras nociones prévias sobre la naturaleza humana y la relacion de las causas con sus efectos. Por la misma razon nos choea y nos parece inconveniente como ficcion. En la ficcion, dados los principios hay que buscar los hechos; en la historia, dados los hechos hay que buscar los principios y el escritor que no esplica los fenómenos con la misma perfeccion que los espone solo cumple á medias su tarea. Los hechos son tan solo la materia bruta de la historia. Es de la verdad abstracta compenetrada con ellos y latente, como el oro en la ganga, que derivan su valor, y las partículas preciosas se combinan jeneralmente con la escoria de tal modo que el separarlas es una obra de dificultad estrema.

En esto es deficiente Tucídides pero su deficiencia no debe serle inculpada. Fué la consecuencia inevitable de las circunstancias que lo rodearon. Era necesario por la naturaleza misma de las cosas, que el espíritu humano, al progresar en la ciencia política, se detuviera en algunos de los puntos á que alcanzó en aquel tiempo. Las ciencias avanzan paso á paso y no por saltos. Los axiomas de un orador inglés de club, hubieran sido paradojas sorprendentes y llenas de misterio para los mas ilustrados estadistas de Atenas. Sería tan absurdo desdeñar por tal razon á los atenienses, como lo sería burlarse de Estrabon porque no nos dió una descripcion de Chile ó hablar de Tolomeo como hablamos de sir Ricardo Phillips. Por eso cuando buscamos informaciones jeográficas exactas, tenemos que preferir la pedantería de Pinkerton á la noble obra de Estrabon y si queremos instruirnos en lo relativo al sistema solar, nos será de mas provecho dejar de mano á Tolomeo para consultar á la mas candorosa de las pensio-nistas de una escuela.

Tucídides era, á no dudarle, un hombre sagaz y reflexivo, como claramente lo está demostrando la habilidad con que discute las cuestiones prácticas. Pero el talento para decidir

de casos particulares lo tienen muchas veces en el mas alto grado personas que carecen de facultades jeneralizadoras. La prevision y perspicacia que un mohawk despliega para concertar sus estratagemas ó para descubrir las de sus enemigos han dejado mas de una vez absortos á hombres familiarizados con la táctica militar de las naciones civilizadas. En Inglaterra ninguna clase tiene tanta habilidad para combinar planes ingeniosos y obviar dificultades remotas como los ladrones y los agentes de policia. Las mujeres tienen la misma destreza en grado mayor que los hombres, los abogados mas que los estadistas y éstos mas que los filósofos. Monk la tuvo en proporcion mas grande que Harrington y todo su club y Walpole mas que Adam Smith ó que Beccaria. Ello consiste en que la especie de disciplina requerida para adquirir tal facultad tiende á estrechar el espíritu y á hacerlo incapaz de razonamientos abstractos.

Los estadistas griegos del tiempo de Tucídides se distinguieron por su sagacidad práctica, por su penetracion para discernir las causas, su habilidad para apoderarse de los medios y llegar á los fines. Un estado de sociedad en que los ricos estaban siempre tramando la opresion de los pobres y los pobres la espoliacion de los ricos, en que los vínculos de partido eran mas fuertes que los del patriotismo, en que diariamente estallaban revoluciones y contra revoluciones, fué, por naturaleza, fecundo en aventureros políticos desesperados y mañosos. Era esa la mejor escuela en que podían los hombres adquirir al propio tiempo el disímulo de Mazarino, la juiciosa temeridad de Richelieu y aquella penetracion, aquel tacto esquisito, aquel presentimiento casi instintivo de los acontecimientos que dieron tal autoridad á los consejos de Shaftesbury, que el pedirselos «era algo como consultar el oráculo de Dios». Tucídides estudió en esa escuela y adquirió el criterio que en ella se podía formar. Aprecia mejor los hechos que los principios. Cuanto mas estrecha es una cuestion tanto mejor razona sobre ella. Su obra sujiere muchas importantes consideraciones sobre los principios del gobierno y la moral, sobre el desenvolvimiento de los partidos, la organizacion de los ejércitos y las relaciones mútuas de las comunidades. Sus observaciones jenerales sobre estos mismos puntos, son, sin embargo, en extremo superficiales. Hay entre sus mas juiciosos comentarios y los que haría un verdadero historiador filósofo, la misma distancia que media entre la suna correctamente adicionada por un tenedor de libros y la expresion jeneral que en ella descubre un profesor de álgebra. La primera sirve

solo para un asunto determinado; la segunda puede aplicarse á un número infinito de casos.

Esta opinión, lo tememos, será considerada heterodoxa. Porque, para no hablar de la impresion que muchas veces produce la sola vista de un personaje ó el sonido de un diptongo griego, hay algunas particularidades en el estilo de Tucídides que han contribuido en no pequeña parte á asegurarle reputacion de profundo. Su libro es, sin duda, digno de un hombre y de un estadista y á este respecto ofrece un notable contraste con la encantadora puerilidad de Herodoto. Todo en él respira un aire de madurez, de grave y melancólica reflexion, de imparcialidad y dominio habitual de sí mismo. Si alguna vez llegan á traslucirse sus sentimientos, inmediatamente los reprime. Trata con un desdén frio y soberbio, que le es peculiar, todas las preocupaciones y con especialidad las supersticiones vulgares. Tiene un estilo mesurado, antitético y no pocas veces oscuro. Pero si consideramos su filosofia política sin atender á estas circunstancias, encontramos que ha sido — lo que solo por milagro podia no haber sido — un ateniense, tan solo, del siglo quinto anterior á Jesu-Cristo.

Pensamos que sin mucha razon se coloca con jeneralidad á Jenofonte en la misma categoría que á Herodoto y Tucídides. Se les asemeja, es verdad, por la pureza y suavidad del estilo, pero su espíritu se acerca mas al de aquella escuela de historiadores cuyas obras parecen fábulas compuestas para deducir una moral y que en su empeño de suministrar advertencias y ejemplos, olvidan presentarnos hombres y mujeres. La «Vida de Ciro» es una obra muy mala, ya se la considere como historia ó como novela. La «Espedicion de los Diez mil» y la «Historia de los sucesos griegos» son ciertamente de agradable lectura, pero no revelan gran poder intelectual. A decir verdad, Jenofonte, con su gusto elegante, sus maneras afables y su estenso trato del mundo, tenia, lo sospechamos, una cabeza que podria calificarse de pobre. Esa era, evidentemente, la opinion del hombre extraordinario á quien se vinculó desde jóven y cuya memoria veneró con idolatria. Él no fué á buscar otra cosa que el biberon con que Sócrates amamantaba á sus pequeñuelos filosóficos. Unas pocas migajas de moral y algunas de las mas sencillas doctrinas de religion natural fueron bastantes para el honrado jóven. Las carnes suculentas, las audaces especulaciones en las ciencias físicas y metafísicas quedaron reservadas para otra clase de oyentes. Las tendencias que de ese modo adquirió Jenofonte en sus primeros años, no se modificaron despues ni

aun con la influencia de las costumbres sin freno del capitán de tropas mercenarias. Parece que hasta el fin conservó una especie de puritanismo grosero. Los sentimientos de piedad y virtud que abundan en sus obras, son los de un hombre de buena conducta, de espíritu un tanto tímido y estrecho, devoto á ellos mas bien por temperamento que por convicción razonada. Era tan supersticioso como Herodoto, pero en una forma mucho mas perjudicial. Las mismas particularidades que nos encantan en el niño, sus balbuceos sin dientes, su tartamudez, las vacilaciones de su marcha, su desamparo, sus inmotivadas lágrimas y risas, son desagradables en la edad proveyta. De la misma manera, causa gracia el absurdo que precede á un periodo de jeneral intelijencia ó inspira desprecio el que le sigue. Los contrasentidos de Herodoto son los de una criatura; los de Jenofonte los de un decrépito. Sus cuentos de sueños, agüerías y presajios ofrecen un extraño contraste con los pasajes en que el incrédulo y malicioso Tucídides se refiere á las supersticiones populares. No es cosa completamente averiguada que Jenofonte fuera sincero en su credulidad; su fanatismo era en cierto modo político. Hubiera sido un excelente miembro de la camarilla apostólica. Alarmista por naturaleza y aristócrata por partidismo, llevó á un exceso irracional su horror por las turbulencias populares. Las tranquilas atrocidades de Esparta no lo impresionaron tan fuertemente, porque, mas que los crímenes, aborrecía el tumulto. Buscaba frenos para contener las pasiones de la multitud y creyó absurdamente que los había encontrado en una religion sin pruebas ni sancion, sin preceptos ni ejemplos, en un helado sistema de Teofilantropía, fundado en cuentos de comadres.

Polibio y Arriano no tienen otro mérito que el de haber escrito relaciones auténticas de hechos. No eran hombres de espíritu comprensivo ni tenían la habilidad necesaria para hacer un relato interesante. Por eso han sido eclipsados por escritores menos estudiosos de la verdad, pero que conocieron mejor el arte de producir efecto.—por Tito Livio y Quinto Curcio.

Y sin embargo, Polibio y Arriano merecen los mayores elogios cuando se les compara con los escritores de la escuela que, puede decirse, encabeza Plutarco. Debemos confesar que nos inspiran particular aversion los historiadores de esta última especie. Parecen haber sido pedantes que se consideraron á sí propios como grandes filósofos y grandes políticos, sin tener ninguna de las valiosas calidades que muchas veces coexisten

con la pedantería. No solo estravian á sus lectores en cada página, sino que demuestran ignorar totalmente el carácter de las épocas que describen. Fueron habitantes de un imperio limitado por el océano Atlántico y el Eufrates, por los hielos de la Scitia y las arenas de la Mauritania, compuesto de naciones cuyas costumbres, idiomas, relijion, maneras y temperamento eran en extremo diversos y gobernado por un alto despotismo surjido de la ruina de millares de repúblicas y reinos. No tenfan ni podían tener ningun conocimiento experimental de la libertad tal como se muestra en las pequeñas democracias, ni del patriotismo como aparece en las pequeñas comunidades independientes.

Pero como habian leído la historia de hombres que desplegaron en la defensa de su país una enerjía desconocida en tiempos posteriores, que contrariaron las mas caras afecciones domésticas ó se entregaron voluntariamente á la muerte en aras del bien público — pusieron á ponderar la dejeneracion de sus contemporáneos. Nunca se les ocurrió pensar que los sentimientos que tanta admiracion les causaban, surjieron ocasionalmente de causas locales, que ellos nacen siempre en las sociedades reducidas de una manera espontánea y que no pueden ser jenerales ni permanentes en los vastos imperios, por mas que se les fuerce á existir por un corto tiempo y dentro de particulares circunstancias. Es imposible que un hombre sienta por la fortaleza de una remota frontera lo que siente por su casa, que una derrota en que han muerto diez mil desconocidos lo aflija de la misma manera que un contraste que despuebla la calle en que vive, que abandone su hogar para una expedicion militar destinada á mantener la balanza del poder, con el mismo entusiasmo con que lo abandonaría para repeler á los invasores que han empezado á quemar los sembrados vecinos.

Los escritores de quienes hablamos debieron considerar todo esto. Debieron pensar que no habia nada de eseneial y eternamente bueno en el patriotismo de los griegos, que la vinculacion esclusiva á una sociedad determinada, por mas que sea un sentimiento muy natural y muy útil, dentro de ciertas restricciones, no implica ningun grado extraordinario de discrecion ó de virtud, por último, que donde ese sentimiento ha sido muy intenso ha convertido los estados en bandas de salteadores á quienes ha hecho tanto mas peligrosos la fidelidad recíproca, ha dado á las guerras un sello de singular atrocidad y ha enjendrado el mas funesto de los males políticos, la tiranía de las naciones sobre las naciones.

Enamorados entusiastas de la palabra libertad, estos historiadores poco se preocuparon de definir su sentido. Así los espartanos, reatados por mil absurdas restricciones, impedidos de hacer su gusto aun en la eleccion de sus mujeres, de sus comidas y de sus compañías, compelidos á adoptar modales especiales y á hablar en un estilo determinado, se vanagloriaban de su libertad. La aristocracia de Roma muchas veces hizo de la libertad una excusa para inutilizar á los favoritos del pueblo. En casi todas las pequeñas repúblicas de la antigüedad, la libertad sirvió de pretesto para adoptar medidas contra todo lo que hace apreciable la libertad, medidas que ahogaron la discusion, que corrompieron la justicia, que impidieron la acumulacion de la riqueza. Los escritores cuyas obras examinamos, han confundido el sonido con la sustancia y los medios con el fin. Sus imaginaciones se enardecian con el misterio. Concibieron la libertad como los monjes conciben el amor, como los vagos de Lóndres conciben la felicidad y la inocencia de la vida rural, como las costureras lectoras de novelas conciben las cumplidas marquesas y los hermosos coroneles de Guardias de Almack y Grosvenor Square. En el relato de los acontecimientos y en la delineacion de los caracteres, han prestado escasa atencion á los hechos y á las costumbres del tiempo que pretendian describir y aun á los principios jenerales de la naturaleza humana. Solo han sido fieles á sus propias doctrinas extravagantes y pueriles. Los jenerales y los hombres de estado se metamorfosean en petimetres magnánimos de cuyas turbias virtudes apartamos disgustados la vista. Las sentencias y hazañas de sus héroes nos recuerdan las insufribles perfecciones de Sir Charles Grandison, produciéndonos un fastidio semejante al que experimentamos cuando un actor, en alguna de las piezas de Morton ó de Kotzebue, se pone la mano sobre el corazon, avanza hasta la rampla y vocifera una máxima moral para edificacion de los dioses.

Estos escritores, hombres que no supieron lo que era tener pátria, hombres que jamás gozaron de ningun derecho político, pusieron de moda una jerigonza ofensiva acerca del patriotismo y el celo por la libertad. Lo que los puritanos ingleses hicieron con el lenguaje de la cristiandad, lo que hizo Scuderi con el lenguaje del amor, ellos lo hicieron con el lenguaje del espíritu público. Por su exajeración habitual lo envilecieron y por su énfasis monótono lo debilitaron. Abusaron de él hasta el punto de que apenas fué posible emplearlo con algun efecto.

Siempre deducen de casos estremos sus reglas ordinarias

de moralidad. El régimen común que prescriben para la sociedad, se compone de remedios desesperados que solo en situaciones desesperadas podrian convenir.

Discurren con particular complacencia sobre acciones de tal naturaleza, que los mismos que las aprueban tienen que considerarlas como escepciones de las leyes de mas universal aplicacion y que guardan tan estrecha afinidad con los mas horrendos crímenes, que, aun en el supuesto de que fuera injusto censurarlas, sería peligroso tributarles elojio. No es extraño, por lo demás, que al lado de los actos que han merecido el aplauso de graves moralistas, no movidos por ningun interés personal, hayan pasado en silencio algunos feroces ejemplos de perfidia y de crueldad y hechos cuya atrocidad llegó á espantar á las mismas facciones enfurecidas en cuyo provecho se les perpetraba. La parte que Timoleon tomó en el asesinato de su hermano, disgustó á muchos de sus propios partidarios y por largo tiempo lo abatieron á él mismo los remordimientos. Pero estaba reservado á historiadores que vivieron algunos siglos despues el descubrir que su conducta fué un movimiento glorioso de virtud y el lamentar que la fragilidad de la naturaleza humana hiciera que el hombre capaz de cumplir tan grande hazaña llegara despues á arrepentirse de ella.

Los escritos de estos hombres y de sus imitadores modernos han producido efectos que merecen alguna mencion. Tales obras no han podido ejercer sinó una influencia limitada en el espíritu de los ingleses que de mucho tiempo atrás se han familiarizado con las especulaciones políticas y han gozado prácticamente de la libertad en tan amplia medida. Tenemos corporaciones clásicas y grandes nombres de nuestra propiedad que confiadamente podemos oponer á los mas espléndidos de los antiguos tiempos. El Senado no despierta en nosotros un sentimiento de mayor veneracion que el Parlamento. Respetamos la Magna Carta mas que las leyes de Solon. El *Capitolio* y el *Forum* nos causan menor impresion que nuestra propia Sala y Abadía de Westminster, recinto donde lucharon y donde ahora duermen los grandes hombres de veinte jeneraciones! Bien puede resistir la comparacion con los *Fasti* de Roma la nómina de los guerreros y hombres de estado que fundaron ó defendieron nuestra Constitucion desde Montfort hasta Fox. La accion de gracias de Sidney moribundo es tan noble como la libacion con que Traseas rindió su espíritu al Júpiter libertador. Admiramos menos á Caton desgarrándose las entrañas que á Rusell esclamando despues de despedirse de su

esposa, que la amargura de la muerte ya había pasado. Y aún podemos comparar orgullosamente las mismas partes de nuestra historia sobre las cuales, por algun concepto, hubiéramos querido correr un velo, con aquellas en que mas se complacian los moralistas de la antigüedad. El enemigo de la libertad inglesa no fué asesinado por hombres á quienes él hubiera perdonado y colmado de favores. No fué apuñaleado por la espalda por los que sonreían y se humillaban en su presencia. Fué vencido en los campos de la dura batalla, fué enjuiciado, sentenciado y ejecutado á la faz del cielo y de la tierra. Nuestra libertad no es griega ni romana sinó esencialmente inglesa. Tiene su carácter propio, carácter penetrado con el sentimiento de las edades caballerescas y que concuerda con las peculiaridades de nuestras costumbres y de nuestra situación insular. Tiene su lenguaje tambien, suyo propio, y un lenguaje singularmente idiomático, lleno de sentido para nosotros y escasamente inteligible para los extranjeros.

Por eso puede decirse que en nuestro país ha sido nulo el efecto de los libros de que nos hemos venido ocupando. Cierto es que han dado curso á muchas opiniones erróneas sobre la historia antigua, que han exaltado la imaginacion de los jóvenes, estraviado el juicio y corrompido el gusto de algunos literatos tales como Akenside y Sir William Jones. Pero muy poca influencia han ejercido sobre las personas ocupadas de la direccion de los negocios públicos. Los cimientos de nuestra Constitucion fueron echados por hombres que no sabían de los griegos otra cosa sinó que habían renegado la profesion ortodoxa y engañado á los Cruzados y nada mas de Roma sinó que allí vivía el Papa. Los que les sucedieron se contentaron con mejorar el plano orijinal. Encontraron modelos en su propia casa y por eso se abstuvieron de buscarlos fuera. Pero cuando los hombres ilustrados del continente se dieron á pensar en la reforma política, faltándoles muestras que imitar en la historia doméstica, recurrieron naturalmente á esas reliquias de la antigüedad que se consideran como parte principal de la educacion en toda Europa. Los historiadores á que nos referimos fueron miembros de vastas comunidades y súbditos de soberanos absolutos. Por eso fué que, segun hemos dicho, cometieron tan graves errores al hablar de las pequeñas repúblicas de la antigüedad. Sus obras fueron, sin embargo, leídas con el mismo espíritu con que fueron escritas. Fueron leídas por hombres colocados en circunstancias muy parecidas á las que á ellos les rodearon, poco conocedores de la naturaleza real

de la libertad, pero inclinados á creer todo lo bueno que de ella pudiera decirse. Todo el que haya dedicado alguna atencion á la literatura francesa del último siglo, sabe de cuán poderosa manera influyeron esos libros en los reformadores especulativos. Pero tal vez el escritor en quien produjeron mayor efecto, fué Vittorio Alfieri. En algunas de sus piezas, principalmente en «Virginia», «Timoleon» y «Bruto el jóven», ha llegado á ser la caricatura de la estravagancia de sus maestros.

Nada tiene de estraño que tropezaran los ciegos así conducidos por ciegos. Los episodios de la revolucion francesa en alguna parte derivaron su carácter de esas lecturas. Sin necesidad de ellas, es seguro que hubiera tenido lugar una revolucion, revolucion que habia de producir muchos males y muchos bienes, tremenda pero de corta duracion, de males caramente comprados, pero de durables bienes. Con todo, tal revolucion no hubiera sido exactamente lo que fué. Muchos aspectos de forma, muchos accesorios habrían cambiado. Hubiera habido menos hinchazon en el lenguaje, menor afectacion en las maneras, menor frivolidad solemne y ostentosa simplicidad. Las actas de las asambleas lejislativas y la correspondencia de los diplomáticos no aparecerian colmadas de frases altisonantes, dignas solo de un colegio de declamacion. El gobierno de una nacion grande y civilizada no se hubiera puesto en ridiculo, intentando resucitar las prácticas de un mundo estinguido, ó, mas bien dicho, de un mundo que nunca existió sinó en la cabeza de los escritores de una escuela fantástica. Esas imitaciones de segunda mano se asemejan á sus orijinales lo que la fiesta clásica con que el doctor de Peregrino Pickle revolvió los estómagos de sus convidados se parece á una de las cenas de Lúculo en los pórticos de Apolo.

Todo esto no pasó de simples desatinos. Pero el espíritu, exaltado por aquellos escritores produjo efectos mas sérios. La mayor parte de los crímenes que mancharon la revolucion derivaron sin duda del relajamiento de las leyes, de la ignorancia del pueblo, del recuerdo de la opresion pasada, del temor de la conquista estranjera, de la rapacidad, de la ambicion, del espíritu de partido. Pero muchos de los mas atroces procedimientos deben referirse á la imaginacion sobreescitada, á la perversion de los principios, á una especie de hastío por la moral vulgar y á un apasionamiento por todo lo que fuera violento y nebuloso. Mr. Burke lo ha dicho con gran felicidad

de espresion: «La gradacion de su república se asienta en paradojas morales. Todos los ejemplos reales ó imaginarios de dudoso espíritu público que se encuentran en la historia, ante los cuales se desconcierta la moral, vacila la razon y retrocede espantada la naturaleza, son los modelos preferidos y casi únicos de que se valen para instruir á la juventud». Según nuestra opinion, hay que atribuir estos males á la influencia de los historiadores que hemos mencionado y á la de sus imitadores modernos.

Tito Livio tiene algunos de los defectos de aquellos escritores. Pero si se le considera en conjunto, puede decirse que forma por sí solo una clase separada. No conocemos ningun historiador que haya mostrado tan completa indiferencia por la verdad. Parece que solamente hubiera buscado el efecto pintoresco de su libro y el honor de su país. En cambio, no sabemos que en toda la literatura se encuentre otro ejemplo de una cosa mala tan bien ejecutada. La pintura narrativa es vivaz y graciosa, mas allá de todo elogio. Es casi milagrosa la abundancia de sentimientos atrayentes y de espléndidas imágenes en los discursos. Su espíritu es un suelo que nunca se fatiga, una fuente que jamás se agota. Se prodiga profusamente sin dar señales de debilitamiento. Fué probablemente á esa exuberancia de pensamiento y de lenguaje, siempre lozana, siempre abundante, siempre pura, cuyo raudal se reponía apenas comenzaba á decaer, que los criticos aplicaron la espresion tan discutida *lactea ubertas*.

Todos los méritos y los defectos de Tito Livio llevan el sello del carácter de su nacion. Era un escritor esencialmente romano: ciudadano orgulloso de una república que si habia perdido la realidad de la libertad, todavia conservaba religiosamente sus formas. —súbdito de hecho de un príncipe arbitrario, pero, á sus propios ojos, uno de los dueños del mundo, con ochocientos reyes á sus plantas y solo los dioses arriba. Por eso fué que volvió la mirada á los tiempos primitivos con muy diverso sentimiento del que entónces experimentaban sus contemporáneos griegos y se generalizó mas tarde entre los hombres de letras de todo el imperio romano. Contempló el pasado con interés y deleite, no porque ofreciera contrastes con el presente, sinó porque habia servido para enjendrar el presente. Recurrió á él, no para amortiguar con orgullosos recuerdos el sentimiento de la degradacion nacional, sinó para marcar los progresos de la gloria de su país. Es cierto que su veneracion por la antigüedad produjo en él algunos de los efectos que ya habia producido en los

que, por muy diferentes caminos, llegaron á ella, y que participa en alguna manera de su exageracion, de su lenguaje y de su amor por las anomalías y por el *lussus nature* en la moral. Sin embargo puede notarse una diferencia. Aquellos se exaltan con el patriotismo y la libertad en abstracto. Tito Livio no parece creer que fuera de Roma haya ningun país digno de amor, ni tiene tampoco el celo de la libertad como tal libertad, sino el de la libertad como parte integrante de las instituciones romanas.

Poco podemos decir de las concisas y elegantes relaciones de las campañas de César. Son modelos incomparables de despachos militares. Pero no son historias ni pretenden serlo.

Los antiguos críticos colocaban á Salustio en el mismo rango que á Tito Livio, y es indudable que la pequeña parte de sus obras que ha llegado hasta nosotros, contribuye á dar alta idea de su talento. Pero su estilo es poco ameno y el mejor de sus libros, el relato de la conspiracion de Catilina, mas parece un hábil panfleto partidista que una historia. Está lleno de contradicciones, que, como quedan sin explicacion, suscitan dudas acerca de la veracidad de la narracion. No hay duda de que muchas circunstancias olvidadas hoy deben haber sido familiares á sus contemporáneos y que con ellas quedarían aclarados pasajes que á nosotros nos parecen oscuros y dudosos. Pero un gran escritor no debe olvidar que escribe para remotas generaciones, para hombres que han de notar las contradicciones aparentes sin tener elementos para explicarlas. Solo podemos reivindicar la fidelidad de Salustio á espensas de su ingenio. Pero la verdad es que puede hacerse la misma objecion á todas las informaciones que acerca del famoso complot tenemos de sus contemporáneos, y los hombres pensadores las leen con igual incredulidad. Todo nos viene de un solo lado. Ninguna respuesta ha llegado hasta nosotros. Y aun así mismo, con la sola esposicion de los acusadores, los acusados merecen ser absueltos. Se nos dice que Catilina mantuvo intrigas amorosas con una vírgen vestal, y que asesinó á su propio hijo. Su casa era un antro de tahures y de disolutos. Ningun jóven podía salvar sus umbrales sin peligro de la reputacion y la fortuna. Y, sin embargo, ese era el mismo hombre cuya alianza buscó Ciceron en una lucha para la primera majistratura de la república y el mismo á quien describió mucho despues de terminado el fatal complot, como un consumado hipócrita, que á él mismo lo había engañado y que representó con habilidad estremada el papel de buen ciudadano y buen amigo. Se nos dice que no pudo

concebirse una conspiración mas odiosa y desesperada y casi al mismo tiempo se agrega que la gran mayoría del pueblo y muchos de los nobles la secundaban, que los mas ricos ciudadanos de Roma se mostraban impacientes por saquear las propiedades y los mas altos funcionarios por destruir todo orden establecido, que Craso, César, el pretor Léntulo, uno de los cónsules del año y otro de los cónsules electos, se hallaban sindicados ó convictos de haberse complicado en la trama para subvertir las instituciones á que ellos mismos debían los mas altos honores y para introducir la anarquía universal. Se nos informa de que un gobierno que sabia todo esto, soportó que se alejara de Roma sin ser molestado un conspirador á quien hacían tanto mas peligroso su jerarquía, sus talentos y su valor. Se agrega que iba á armarse á los esclavos y gladiadores contra los ciudadanos. Esto no obstante, nos encontramos con que Catilina rechazó á los esclavos que se apiñaban por alistarse en su ejército, para que no pareciera, segun lo afirma el mismo Salustio, «que identificaban su causa con la de los ciudadanos». Se nos informa, por último, que los majistrados de quienes universalmente se decía que habían salvado á todas las clases de la conflagración y la muerte, se hicieron tan francamente impopulares, que, á la espiración de su período, se les infirió un marcado insulto y poco despues fueron sometidos á duro castigo.

Salustio nos dice, es verdad, y esto mismo lo prueban suficientemente las cartas y escritos de Ciceron, que algunas personas consideraron que las partes horribles del complot fueron solo invenciones del gobierno, encaminadas á coonestar medidas inconstitucionales. Debemos confesar que esa es tambien nuestra opinion. Había indudablemente un partido fuerte que aspiraba al cambio de administracion. Mientras Pompeyo tuviera un ejército á sus órdenes, no se podía llevar á cabo este propósito sin hacer los preparativos necesarios para repeler la fuerza con la fuerza. No hay en todo esto nada que difiera de la práctica ordinaria de las facciones romanas. Los demás cargos que se formulan contra los conspiradores son tan inconsistentes é inexactos que no podemos prestarles ningun crédito. Si nuestros lectores piensan que este escepticismo es infundado, vuelvan los ojos á los acontecimientos contemporáneos de la conspiración papista. Recuerden los votos del parlamento y los discursos del rey, las acusaciones de Scroggs y las arengas de los cabecillas contra Strafford. Los que formaran su juicio con estas únicas piezas

creerian que los papistas hicieron arder á Lóndres y que Sir Edmondbury Godfrey fué asesinado en aras de su religion. Y, sin embargo, tales cuentos han caído en el mayor desprestijio. Los hombres de estado los han abandonado á los rejidores, los rejidores á los clérigos, los clérigos á las viejas y las viejas á Sir Harcourt Lees.

Tácito es ciertamente el mas grande de los historiadores latinos. Rigurosamente hablando, su estilo no solo tiene defectos, sinó que es, además, particularmente inapropiado para la composicion histórica. Lleva su aficion á producir efecto mucho mas allá de los límites de la moderacion. Narra delicadamente una anécdota delicada, pero no puede referir llanamente un cuento llano. Todo lo estimula hasta que los estimulantes pierden su eficacia.

Tucídides, como hemos tenido ocasion de decirlo, relata las transacciones ordinarias con la claridad sucinta y sin pretensiones de una gaceta. Reserva sus grandes poderes de pintor para los acontecimientos que son interesantes en sus mas mínimos detalles. La simplicidad del engarce aumenta la luz de los diamantes. Hay pasajes en los relatos de Tácito, superiores á los mejores que puedan citarse de Tucídides. Pero no están encuadrados ni aderezados con la misma habilidad. Separados del cuerpo de la obra á que pertenecen hacen mucha mayor impresion que cuando ocurren en su sitio y se les lee en connexion con lo que les precede y lo que les sigue.

En la delineacion del carácter, Tácito no tiene rival entre los historiadores y hay muy pocos dramaturgos y novelistas que lo superen. Por delineacion del carácter no entendemos la práctica abusiva de redactar catálogos epigramáticos de buenas y malas calidades para agregarlos al nombre de los hombres eminentes. Ningun escritor, por cierto, lo ha hecho mejor que Tácito, pero no está en ello su gloria. Todos los personajes que ocupan vasto lugar en sus libros, tienen una individualidad de carácter que se trasluce en todas sus obras y acciones. Los conocemos como si hubieramos vivido con ellos. Claudio, Neron, Oton, las dos Agripinas, son obras maestras. Pero Tiberio es todavia un milagro mayor de arte. El historiador se propuso hacernos conocer íntimamente á un hombre singularmente sombrío é inescrutable, á un hombre cuyas tendencias reales estuvieron mucho tiempo cubiertas por los pliegues intrincados de ficticias virtudes y cuyas acciones se envolvieron en particular misterio con la hipocresia de la juventud y la reclusion de la vejez. Tenia que mostrar las especiosas calidades del tirano

á una luz que las transparentara y nos pusiera en aptitud de apreciar la cubierta y los vicios que dentro de ella se ocultaban. Tenía que trazar las gradaciones por las cuales el primer magistrado de una república, el senador que se mezclaba libremente á los debates, el noble compañero de sus nobles hermanos, llegó á trasformarse en un sultán asiático: tenía que mostrar el carácter distinguido por el valor, el dominio de sí mismo y la profunda política y corrompido al propio tiempo por las sollicitaciones extravagantes del capricho. Tenía que hacer notar el efecto gradual de los años y la aproximación de la muerte en aquel extraño compuesto de fuerza y de debilidad, tenía que exhibir al viejo soberano del mundo cayendo en una senectud que, aunque hiciera escéntricos sus apetitos y adusto su temperamento, no llegó á anenguar el poder de su espíritu severo y penetrante, con la conciencia de su fuerza decadente, atormentado por una sensualidad caprichosa y, sin embargo, hasta el fin, uno de los mas sutiles observadores, el mas artificioso de los disimulados y el mas terrible de los amos. La tarea era de dificultad estremada: su ejecución es casi perfecta.

El talento que se requiere para escribir así la historia, tiene muchísima analogía con el de un gran dramaturgo. Hay entre ellos una distinción óbvia. El dramaturgo crea, el historiador tan solamente ordena. La diferencia no está en el modo de ejecución sino en el modo de concepción. Shakespeare encuentra su modelo dentro de sí mismo, Tácito lo toma de fuera. Hamlet es al Tiberio lo que el Laoconte es al Newton de Roubillac.

En este aspecto de su arte, Tácito no tuvo igual ni segundo entre los historiadores antiguos. Herodoto poseía escaso talento dramático, por mas que fuera dramática su manera de escribir. Los frecuentes diálogos que intercala dán viveza y movimiento al relato, pero no tienen nada de extraordinario. Jenofonte gusta decir á sus lectores, muy por estenso, la opinion que le inspiran las personas cuyas aventuras refiere, pero no les pone los hombres de manifiesto ni los habilita para que juzguen por sí mismos. Los héroes de Tito Livio son los mas insípidos de todos los seres reales ó imaginarios, escepcion hecha de los de Plutarco. A la verdad, que el estilo de Plutarco nos recuerda la cocina de esos hoteles del continente, terror de los viajeros ingleses, donde perpétuamente se hace servir un caldo indefinido, destinado á regar copiosamente todos los manjares que se llevan á la mesa. Tucídides, dejando un grande intervalo vacante, viene en seguida de Tácito. Su Pericles, su Nicias, su

Cleon, su Brasidas, han sido caracterizados con felicidad. Las líneas son escasas y falso el colorido, pero se ha conseguido tomar el aspecto jeneral y la espresion.

Como el cura en la biblioteca de Don Quijote, empezamos á fatigarnos de hablar de los libros uno á uno, dando sobre ellos opinion por separado y nos sentimos inclinados á juzgarlos en conjunto. Por eso, en vez de apuntar los méritos y defectos de los diferentes historiadores modernos, establcere-mos de una manera jeneral en qué puntos han sobrepujado á sus predecesores y en cuáles nos parece que han desmerecido de ellos.

En cierta manera, es seguro que han sido mucho mas estrictos que la mayoría de los historiadores griegos y romanos. No se han creído autorizados á aumentar el interés de la narracion, introduciendo descripciones, conversaciones y arengas de su propia cosecha. Esta mejora se hizo camino gradualmente. Así como entre los griegos la historia comenzó por la novela, así tambien en las naciones modernas de Europa. Froissart fué nuestro Herodoto. La Italia ha sido á la Europa lo que Atenas á la Grecia. En Italia, por eso, se usó desde temprano una forma de narracion mas exacta y varonil. Maquiavelo y Guicciardini, á imitacion de Tito Livio y Tucídides, inventaron discursos para sus personajes históricos. Pero cuando decayó gradualmente el entusiasmo clásico que caracterizó la edad de Lorenzo y de Leon, se abandonó esta absurda práctica. Sospechamos que en Francia todavía existe en algun grado. El escritor que se atreviera á emplearla en nuestro país sería considerado como un hazme reír despreciable. Acaso puede ponerse en duda si los escritores de los dos últimos siglos dicen mayor suma de verdad que los antiguos, pero es completamente seguro que aseveran muchas menos falsedades.

Los modernos han ido mucho mas allá que los antiguos en la filosofia de la historia. No es estraño, en verdad que los griegos y romanos no adelantaran en la ciencia del gobierno ni en ninguna otra experimental, tanto como se ha avanzado en nuestro tiempo, porque la mayor parte de las ciencias experimentales progresan continuamente. Fueron mejor comprendidas en el siglo décimo séptimo que en el décimo sexto y en el décimo octavo que en el décimo séptimo. Pero ese adelanto constante, ese desenvolvimiento gradual de los conocimientos, no basta para esplicar la inmensa superioridad de los escritores modernos. La diferencia que existe no es una diferencia de grado sinó de calidad. No se trata del descubrimiento de nuevos principios sinó

del ejercicio de nuevas facultades. No es que la inteligencia humana haya hecho pocos progresos en una época y avanzado mucho en otra, sinó que en un período ha permanecido completamente estacionaria y ha adelantado constantemente en otro. Los antiguos fueron por lo menos nuestros iguales en lo que se refiere al gusto y á la imaginacion, á las gracias del estilo, á las artes de la persuacion y á la magnificencia de las obras públicas. Pero apenas dieron algunos pasos en las ciencias morales. Durante el largo lapso de tiempo trascurrido entre el siglo quinto anterior á la era cristiana y el quinto posterior, se hizo en ellas un progreso apenas perceptible. Todos los descubrimientos metafísicos de todos los filósofos, desde el tiempo de Sócrates hasta la invasion del Norte, no pueden compararse en importancia con los verificados en Inglaterra cada cincuenta años desde la época de Isabel. No hay razon alguna para creer que los principios de gobierno y de lejislacion fueran mejor comprendidos en los tiempos de César Augusto que en los de Pericles. En nuestro propio país y en el trascurso de una sola jeneracion, las verdaderas doctrinas de la jurisprudencia y el comereío han sido oscuramente insinuadas atrevidamente propuestas, defendidas, sistematizadas, adoptadas por los hombres reflexivos de todos los partidos, citadas en las asambleas lejislativas é incorporadas á las leyes y tratados.

¿A qué debe atribuirse este cambio? En parte, sin duda, al descubrimiento de la imprenta, invencion que no solo ha difundido ámpliamente los conocimientos, sinó que, como recién se ha observado, ha introducido tambien en los razonamientos una precisión que no tenian en las antiguas comunidades, donde la mayor parte de las informaciones eran trasmitidas en forma oral. Ha existido además, nos parece, otra causa menos óbvia pero mucho mas poderosa.

El espíritu de las dos naciones mas famosas de la antigüedad era marcadamente exclusivista. Los griegos de los tiempos de Homero no habian empezado á considerarse como una raza distinta. Todavía miraban con una especie de admiracion y temor infantiles las riquezas y sabiduria de Sidon y de Ejipto. No es fácil determinar por qué causas ni con qué gradaciones variaron sus sentimientos. Su historia, desde la guerra de Troya hasta la de Persia, está envuelta en una oscuridad que solo disipan algunos escasos y poco intensos relámpagos de verdad. Pero no cabe duda de que se operó un gran cambio. Llegaron á creerse un pueblo privilegiado. Tenian ritos relijiosos comunes y principios de derecho público de que no participaban los es-

tranjeros. Todos sus sistemas políticos ofrecían un aire marcado de familia, ya fueran monárquicos, aristocráticos ó democráticos. Después de la retirada de Jerjes y la derrota de Mardonio, la vanidad nacional llegó á hacer completa la separacion entre los griegos y los bárbaros. Los conquistadores se consideraron hombres de raza superior, destinados á enseñar y no á aprender en su comercio con las naciones vecinas. Nada observaron fuera de sí mismos. No imitaron nada. No tradujeron nada. En ninguno de los escritores griegos anteriores á la época de Augusto, puede encontrarse la mas lijera expresion que indique la creencia de que pueda escribirse en otro idioma que el propio algo digno de ser leído. Los sentimientos surjidos de la gloria nacional, no se extinguieron totalmente con la degradacion posterior. Se les conservó amorosamente en las edades de esclavitud y vergüenza. La literatura de la misma Roma fué mirada con menosprecio por los que huyeron en presencia de sus armas y se prosternaron ante sus haces. Dice Voltaire en uno de sus seis mil opúsculos, que él fué el primero que informó á los franceses de que además del duque de Marlborough la Inglaterra había producido otros hombres eminentes. Parece que hasta una época muy avanzada hubieran necesitado los griegos una informacion semejante relativamente á sus vencedores. Conocían bien á Paulo Emilio, á Sylla y á César. Pero las ideas que tenían de Ciceron y de Virjilio, eran probablemente muy semejantes á las que Boileau llegó á formarse de Shakespeare. Dionisio vivió en la edad mas espléndida de la poesia y la elocuencia latinas. Era un critico y hábil critico, á la manera de su tiempo. Había estudiado la lengua de Roma asociado á sus hombres eruditos y compilado su historia. Sin embargo parece haber creído que la literatura romana no servía para otro objeto que el de ilustrar antigüedades. Sus lecturas no han pasado, segun toda apariencia, de los archivos públicos y unos pocos y viejos analistas. Una vez, y solo una vez si mal no recordamos, cita á Ennio para resolver una cuestion etimológica. Escribió mucho sobre el arte oratorio y sin embargo no menciona el nombre de Ciceron.

Los romanos se sometieron á las pretensiones de una raza que despreciaban. Mientras su poeta épico proclamaba la preeminencia que les correspondía en las artes del gobierno y de la guerra, reconocía su inferioridad en el gusto, en la elocuencia y en las ciencias. Los hombres de letras afectaban conocer el idioma griego mejor que el propio. Pomponio prefería el honor de hacerse ateniense por naturalizacion intelectual, á todas las distinciones que podían alcanzarse en las contiendas

políticas de Roma. Su gran amigo compuso poemas y memorias griegas. Es bien sabido que Petrarca consideraba el hermoso idioma en que están escritos sus sonetos como una jerga bárbara y confiaba su fama á esos miserables exámetros latinos que habrán tenido escasamente cuatro lectores en los últimos cuatro siglos. Parece que muchos eminentes romanos han tenido el mismo desprecio por su lengua nativa comparada con la griega. La preocupacion continuó hasta un período muy avanzado. Juliano era tan parcial con el idioma griego, como Federico el Grande con el francés y parece que no hubiera podido espresarse con elegancia en el dialecto del estado que gobernaba.

Aun aquellos escritores latinos que no llevaron tan lejos este jénero de afectacion, consideraron que la Grecia era la fuente única de los conocimientos. De la Grecia tomaron el metro de su poesia y en jeneral todo lo que en poesia puede ser importado. De la Grecia tomaron los principios y el vocabulario de su filosofía. No parece que hayan prestado la menor atencion á la literatura de otras naciones. Es de presumir, por ejemplo, que hayan ignorado completamente la existencia de los libros sagrados de los hebreos, no obstante que esas obras, consideradas como meras composiciones humanas, son inapreciables para el critico, para el anticuario y para el filósofo. Las peculiaridades del judaismo y el rápido incremento del cristianismo llamaron su atencion. Hicieron la guerra contra los judíos. Dictaron leyes contra los cristianos. Pero jamás abrieron los libros de Moisés. Juvenal menciona el Pentateuco con censura. El autor del «Tratado de lo sublime» lo recuerda con elojio, pero ambos lo citan erróneamente. Esa indiferencia nos llena de asombro cuando pensamos en la curiosa historia, en las sorprendentes y originales vistas de la Divina Naturaleza y los deberes sociales del hombre, que se encuentran en las Escrituras de los judíos, y consideramos además que esas Escrituras eran la regla de la fé y de la conducta de dos sectas que preocupaban constantemente la atencion del gobierno. El hecho parece ser que los griegos solo se admiraban á sí mismos y los romanos á sí mismos y á los griegos.

Los hombres de letras se apartaban con disgusto de unos modos de pensamiento y de expresion tan diametralmente diversos de los que se habían acostumbrado á admirar. De aquí se derivaba la estrechez y la repeticion del pensamiento. Sus espíritus procrearon, si así podemos espresarnos, sin

salir de un círculo y por eso tuvieron los caracteres de la infecundidad y la degeneración. Ninguna fuerza ó belleza estrañas vinieron á injertarse en el tronco decadente. La inteligencia humana desmedró por la atención esclusiva á una clase de fenómenos y el gusto exclusivo por una especie de excelencia. Las coincidencias ocasionales fueron convertidas en regla jeneral. Se confundió las preocupaciones con los instintos. Se hicieron muchas observaciones justas sobre el hombre tal como existía en un estado particular de sociedad y sobre el gobierno tal como se le encontraba en una porción determinada del mundo, pero era muy poco conocido el hombre como hombre y el gobierno como gobierno. La filosofía se mantuvo estacionaria. Hubo lijeros cambios, provechosos unas veces, perjudiciales otras, en la estructura superior. Pero ninguno se cuidó de examinar los cimientos.

El vasto despotismo de los Césares aumentó el mal, al hacer desaparecer todos los rasgos nacionales y al asimilar unas á otras las mas remotas provincias del imperio. A la terminación del tercer siglo despues de Jesu-Cristo, los destinos de la humanidad prometían ser horriblemente tristes. Habíase establecido un sistema de etiqueta tan pomposamente frívolo como el del Escorial. Un soberano casi invisible, una muchedumbre de dignatarios cuidadosamente clasificados por medio de títulos y divisas, retóricos que no decían sinó lo que ya se había repetido millares de veces, escuelas en que no se enseñaba nada que no fuera conocido de siglos atrás: tal era la maquinaria destinada al gobierno y la instrucción de la parte mas ilustrada de la raza humana.

Esa grande agrupación corría por entónces el peligro de sufrir una calamidad mucho mas terrible que cualquiera de las enfermedades rápidas, inflamatorias y destructoras á que están sujetas las naciones; la de una longevidad temblorosa, senil, paralítica, la inmortalidad de los Struldbrugs, una civilización china. Sería fácil indicar muchos puntos de contacto entre los súbditos de Dioclesiano y los habitantes de ese Celeste Imperio, donde, desde hace muchos siglos, nada se aprende ni se ignora, donde son una ceremonia el gobierno, la educación, el sistema entero de la vida, donde los conocimientos no crecen ni se multiplican y como el talento hundido en la tierra ó la libra anudada en el pañuelo, no experimentan aumento ni disminución.

El embotamiento fué sacudido por dos grandes revoluciones, moral la una, política la otra, la una interior, la otra es-

terna. La victoria del cristianismo sobre el paganismo, considerada únicamente bajo esta faz, fué de grande importancia. Derrumbó el viejo sistema de moral y, con él, la mayor parte de los sistemas de metafísica. Dió al orador nuevos temas para la declamacion y al lójico nuevos motivos para la controversia. Introdujo, sobre todo, un nuevo principio cuya influencia se dejó sentir en todas las capas sociales. Arrancó la masa estancada de los oscuros abismos. Escitó todas las pasiones de una democracia turbulenta en la quieta é indiferente poblacion de un imperio exhausto. El temor de la herejía hizo lo que no pudo conseguir el sentimiento de la opresion: convirtió en devotos partidarios y obstinados rebeldes á los mismos hombres acostumbrados á que los manejaran como rebaños, de un tirano á otro tirano. Los acentos de la elocuencia que por siglos había enmudecido, resonaron de nuevo desde el púlpito de Gregorio. El espíritu que se estinguió en los campos de Filipides, resucitó en Atanasio y Ambrosio.

Y, sin embargo, el remedio no fué bastante enérgico para el mal. No impidió que despues de un corto paroxismo de escitacion, el imperio de Constantinopla recayera á un estado de estupefaccion que dificilmente tiene su igual en la historia. Vemos allí cómo pudo existir por cerca de mil años, sin hacer un gran descubrimiento en la ciencia ó producir un libro digno de ser leído, siquiera sea por pocos y curiosos investigadores, una sociedad civilizada que había conseguido implantar los mas dificiles y mejor elaborados sistemas de jurisprudencia, donde eran bien comprendidas las artes del lujo y donde se conservaba y se estudiaba cuidadosamente las obras de los grandes escritores antiguos. Hubieron tumultos, tambien, y controversias y guerras en abundancia. Tales movimientos, malos como son en sí mismos, han sido jeneralmente favorables á los progresos de la intelijencia, pero en este caso atormentaron sin producir estimulo. Se turbaron las aguas pero no descendió ninguna influencia benéfica. Esas ajitaciones recuerdan nó la lucha del atleta sinó los jestos y contorsiones de un cadáver galvanizado.

El imperio de Occidente fué arrancado de esa situacion miserable por la mas terrible de las visitas con que Dios ha castigado jamás á sus criaturas: la invasion de las naciones del Norte. Tan grande remedio era requerido por tan grande enfermedad. El incendio de Lóndres, se ha dicho, fué una bendicion. Consumió la ciudad pero consumió con ella la peste. Lo mismo puede decirse de la devastacion tremenda de los do-

minios romanos. Aniquiló los repugnantes retiros que servían de foco á las grandes enfermedades morales, desinfectó una atmósfera fatal para la salud y la fuerza del espíritu humano. Mil años de barbárie costó á la Europa el escapar de la suerte de China.

A la larga la terrible purificacion quedó cumplida y la segunda civilizacion dió comienzo bajo auspicios que parecían indicar que ya nunca retrocedería ni quedaría estacionaria. La Europa se habia transformado en una grande agrupacion federal. Sus numerosos estados se hallaban unidos por los fáciles lazos del derecho internacional y la religion comun. Sus instituciones, sus idiomas, sus costumbres, sus gustos literarios eran muy diferentes. La conexion era lo suficientemente estrecha para procurar la observacion y el adelantamiento recíprocos, pero no lo era tanto que destruyera el lenguaje de la opinion y el sentimiento nacionales.

La balanza de la influencia moral é intelectual así establecida entre las naciones de Europa, es mucho mas importante que la balanza del poder político. En realidad nos inclinamos á creer que si algo vale la segunda es principalmente porque tiende á conservar la primera. El mundo civilizado ha podido evitar así una uniformidad de carácter que hubiera sido fatal á todo progreso. Todas sus partes han sido iluminadas con luz reflejada por las otras. La competencia ha producido actividad donde el monopolio hubiera paralizado el movimiento. El número de esperimentos en las ciencias morales que el especulador tiene oportunidad de presenciar, ha aumentado mas allá de todo cálculo. La sociedad y la naturaleza humana no se le presentan desde un solo punto de vista sinó que se le ofrecen bajo diez mil aspectos diferentes. Observando las costumbres de las naciones circunvecinas, estudiando su literatura, comparándola con la del propio país y la de las antiguas repúblicas, está habilitado para corregir los errores en que necesariamente caerian los espíritus mas penetrantes si razonaran remontando de una sola especie al jénero. Aprende á distinguir lo que es local y lo que es universal, lo que es transitorio de lo que es eterno, á no confundir las reglas con las escepciones, á conocer la influencia de las causas perturbadoras, á separar aquellos principios jenerales que son siempre ciertos y en todas partes aplicables de las circunstancias accidentales con que se entremezclan en cada agrupacion y que el espíritu mas filosófico confunde en las comunidades aisladas.

Es por eso que en las jeneralizaciones los escritores mo-

ernos han dejado muy atrás á los antiguos. Los historiadores de nuestra propia pátria no han tenido iguales en la profundidad y precision de los razonamientos, y aun en las obras de los meros compiladores encontramos especulaciones que están fuera del alcance de Tucídides ó de Tácito.

Pero preciso es, al mismo tiempo, reconocer que tienen defectos característicos, tan estrechamente unidos á sus méritos, y de tal magnitud, que puede ponerse en duda, si, en conjunto, esta seccion de la literatura ha ganado ó ha perdido en los últimos veintidos siglos. Los mejores historiadores de nuestra época se han apartado de la verdad no por culpa de la imajinacion sinó de la razon. Sobrepujan con mucho á sus predecesores en el arte de deducir principios jenerales de los hechos. Pero desgraciadamente han caído en el error de desfigurar los hechos para amoldarlos á los principios jenerales. Llegan á sentar una teoría observando algunos de los fenómenos y estiran ó recortan los fenómenos restantes para ajustarlos á la teoría. Para ello no es necesario que hagan asertos absolutamente falsos, porque todas las cuestiones en moral y en política lo son de comparacion y de grado. Cualquiera proposicion que no implique contradiccion en sus términos puede ser verdadera y parecerá demostrada si se consigna todas las circunstancias que suscitan una probabilidad en su favor y se insiste sobre ellas, omitiendo al propio tiempo ó pasando lijeramente por las que llevan á una conclusion contraria. En todos los caracteres y negocios humanos hay una mezcla de bueno y de malo; una leve exajeracion, una omision pequeñísima, el uso discreto de los epitetos, un escepticismo minucioso é investigador con respecto á las pruebas de un órden determinado y una credulidad conveniente respecto á todos los relatos ó tradiciones que se refieran á otro órden, pueden fácilmente hacer un santo de Laud ó un tirano de Enrique IV.

Esta especie de representacion equivocada abunda en las obras mas preciadas de los historiadores modernos. Herodoto cuenta su historia como un testigo distraído, lleno de parcialidades y preocupaciones, que no conoce las reglas de la prueba ni las obligaciones que le impone el juramento, que confunde lo que imajina con lo que ha visto y oído y aglomera en un solo monton los hechos, las referencias, las conjeturas y las fantasías. Hume es un abogado completo. Sin que positivamente asevere mas de lo que puede probar, dá preferencia á todos los detalles que favorecen su causa, desliza lijeramente

por sobre aquellos que le son adversos, aplaude y estimula sus propios testimonios, discute las razones que parecen desacreditarlos y explica las contradicciones en que incurren, para sacar de tal manera deducciones claras y correlacionadas. Escudriña con la mayor severidad todo lo que en contrario se presenta: un detalle sospechoso provoca sus comentarios é invectivas, atenúa ó calla lo que no puede negar, y si hace algunas veces concesiones es con un candor insidioso, que solo sirve para aumentar el efecto de la acumulacion de sofismas.

Nos hemos referido á Hume por ser el mas hábil y mas popular de los escritores de su clase, pero todos nuestros mas distinguidos historiadores han incurrido de alguna manera en los defectos que le inculpamos. Gibbon, especialmente, merece la mas severa censura. Entre los numerosos reos, ninguno es, sin embargo, mas profundamente culpable que Mitford. Nos complacemos en tributar el homenaje que es debido á su laboriosidad y talento. Los historiadores modernos de Grecia han acostumbrado á escribir como si el mundo nada nuevo hubiera aprendido durante los últimos seiscientos años. En vez de ilustrar los acontecimientos que describian con la filosofía de una época mas adelantada, juzgaban á la antigüedad con el criterio que ella sola suministra. Parecían creer que las naciones que lentamente se han venido apoderando de los demás extremos de la literatura habían adquirido por prescripcion el derecho de ocupar este último baluarte. Consideraban que todos los historiadores antiguos eran igualmente auténticos. Apenas hacian alguna distincion entre los que referian acontecimientos de que habian sido testigos presenciales y los que, quinientos años despues, componian novelas filosóficas para una sociedad que en el intervalo habia experimentado cambios radicales. Nada significaban para ellos los siglos que separan á Plutarco de Tucídides, tratándose de autores que vivieron en edad tan remota. La distancia de tiempo produjo un error semejante al que muchas veces ocasiona la distancia de lugar. Hay mas de una buena señora que piensa que todos los pueblos de la India se hallan juntos y envía corteses mensajes á Bombay con un amigo que parte para Calcuta. De la misma manera, todos los clásicos fueron contemporáneos para Rollin y Barthelemy.

M. Mitford introdujo ciertamente grandes mejoras: nos mostró que los hombres que escribieron en griego y en latin no habían sido siempre verídicos, nos enseñó además que la historia antigua debe ser contada de modo que no solamente

sirva para proveer de alusiones á los escolares, sinó tambien de enseñanzas provechosas á los hombres de estado. Su libro está completamente exento de esa afición á los efectos teatrales y á los sentimientos altisonantes que ha hecho malograr casi todas las obras que sobre el mismo tema se han escrito. Pero su amor por una teoría no menos falsa y no tan jenerosa, lo llevó á violar sustancialmente la verdad en cada una de sus páginas. Espone los argumentos contrarios á la democracia con una certidumbre segura de sí misma y con la mayor dureza de lenguaje. Examina con grandísimo cuidado todos los cargos que vayan dirigidos contra los monarcas ó las aristocracias. Si no los puede negar, sujere alguna hipótesis paliativa ó recuerda por lo menos que algunos detalles, desconocidos hoy, *han podido* justificar lo que al presente nos parece injustificable. Si el mismo autor refiere dos sucesos en el mismo capítulo y uno de ellos sirve para apoyar la hipótesis mas halagüeña mientras que el otro parece estar en contradicción con ella, acepta como verdadero el primero y desecha el segundo, por mas que ambos reposen en un solo testimonio.

La práctica de falsear los relatos para ponerlos de conformidad con la teoría, es un vicio menos perjudicial á los intereses de la ciencia política de lo que á primera vista parece. Hemos comparado con los abogados á los escritores que han incurrido en él y podemos agregar que sus argucias contradictorias, como las de los abogados, se corrijen las unas por las otras. Siempre se ha creído, en las naciones mas ilustradas, que un tribunal está mejor habilitado para resolver con acierto una contienda, cuando ha oído defender á dos hombres espertos, tan apasionadamente como se quiera, las dos faces opuestas de la cuestion. Nos inclinamos á creer en la exactitud de esa manera de pensar. Si es verdad que algunas veces la elocuencia y la habilidad superiores pueden producir la creencia de que lo malo tiene mejores fundamentos que lo bueno, tambien lo es que el juez se verá en la necesidad de estudiar el caso bajo dos aspectos diversos y que ninguna consideracion de importancia escapará por completo á su exámen.

Esta es por el momento la situacion de la historia. El poeta laureado (*) representa la iglesia de Inglaterra. Lingard la iglesia de Roma. Brodie hace gestiones para dejar sin efecto los veredictos obtenidos por Hume y nos parece que la causa

(*) Southey. *N. T.*

en que Mitford triunfó está á punto de reabrirse. En medio de tales disputas, sin embargo, vá desapareciendo la historia propiamente dicha, si así podemos espresarnos. No se encuentra en ninguna parte el alto, grave é imparcial resúmen de Tucídides.

Mientras nuestros historiadores se ejercitan en todos los recursos de la controversia, olvidan lastimosamente el arte narrativo, la manera de interesar los afectos y presentar pinturas á la imaginacion. Muchas escelentes obras biográficas demuestran suficientemente que un escritor puede llegar á producir tal efecto sin desfigurar la verdad. La inmensa popularidad que han adquirido los libros bien escritos de esa naturaleza, merece llamar muy sériamente la atencion de los historiadores. El *Cárlos XII* de Voltaire, las *Memorias de Marmontel*, la *Vida de Johnson* por Boswell, la de Nelson por Southey, son leídas con placer por los mas frívolos y los menos estudiosos. Apenas aparece un libro tolerable de la misma índole, son invadidas las librerías que lo espenden, se conmueven las sociedades bibliotecarias, la nueva novela duerme con las hojas sin cortar, las revistas y los diarios llenan sus columnas de extractos. Al mismo tiempo las historias de grandes imperios, debidas á la pluma de autores eminentes, quedan abandonadas sin lectores en los estantes de las bibliotecas de aparato.

Los escritores de historia parecen abrigar un aristocrático desprecio por los autores de memorias. Piensan que no es propio de la dignidad de los que describen las revoluciones de los Estados, preocuparse de los detalles que constituyen el encanto de la biografía. Se han impuesto á sí mismos un código de decoro convencional, tan absurdo como el que ha sido causa de la ruina del drama francés. Callan ó atenúan los detalles mas característicos é interesantes, porque son, segun dicen, muy triviales para la majestad de la historia. La majestad de la historia se parece así á la majestad de aquel pobre rey de España que murió víctima de las ceremonias porque no se encontraron á la mano los dignatarios encargados de prestarle asistencia. (*)

(*) El rey que murió víctima de la etiqueta fué, segun se dice, Felipe III. Un brasero encendido que, para combatir el frio, se habia puesto en el despacho de este monarca, lo tenia sofocado en cierta ocasion. No habiéndose podido encontrar en los primeros momentos al duque de Uceda, que era el funcionario indicado para

Se reconocerá, suponemos, que la historia sería mas amena si se la relevara de semejantes etiquetas ¿Sería así menos digna ó de menor provecho? ¿Qué queremos decir cuando enunciamos que un acontecimiento pasado es de importancia y que otro es insignificante? Ningun suceso pasado tiene valor intrínseco. Su conocimiento sirve solo en cuanto nos lleva á formar cálculos justificados con respecto al porvenir. Una historia que no se subordine á ese propósito, por mas que rebose de batallas, tratados y conmociones, es de tan escasa utilidad como las séries de tarjetas de portazgo coleccionadas por Sir Mateo Mite.

Supongamos que lord Clarendon en vez de llenar centenares de pájinas en fólio con las cópias de los papeles de estado en que unas mismas aseeraciones y contradicciones se repiten hasta dejar al lector exhausto de fatiga, hubiera consentido en ser el Boswell del Largo Parlamento. Supongamos que nos hubiera descrito la prudente y altiva independenciam de Hampden, que dirijia cuando aparentaba dejarse conducir y proponia argumentos incontestables en su forma mas abrumadora con el aire modesto de un interrogador deseoso de adquirir informaciones: que nos hubiera pintado las ilusiones que estraviaron el noble espíritu de Vane y el duro fanatismo que encubria el jénio mas altanero de Cromwell, llamado á dominar un ejército revoltoso y un pueblo anarquizado, á abatir la bandera de la Holanda, á detener los ejércitos victoriosos de la Suecia y á mantener en alto la balanza entre las monarquías rivales de Francia y España. Supongamos que hubiera hecho hablar en su lenguaje peculiar á los Caballeros y á los Cabezas Redondas, que hubiera reproducido algunas de las palabras groseras contenidas en las pájinas de Rupert y una parte de la jerga de Harrison y Fleetwood. ¿No hubiera sido, acaso, mas interesante su obra? ¿No hubiera sido tambien mas exacta?

Una historia verdadera en todos los incidentes particulares puede llegar á ser falsa en conjunto. Los principios que tienen mayor influencia en la felicidad humana, los cambios en la moral y las costumbres, la transición de las agrupaciones de

retirarlo, ninguno de los presentes se atrevió á prestar este servicio y el mismo soberano creyó que con ello se comprometeria su dignidad. Como tardara mucho tiempo en llegar Uceda, el excesivo calor fué causa de que se le declarara al rey una violenta erisipela en la cara, de cuyas resultas murió á los pocos dias. La fuente desmiente categóricamente esta version. — *Traductor.*

la pobreza á la opulencia, de la ignorancia á la sabiduría, de la ferocidad á la benevolencia, son obra, en su gran mayoría, de revoluciones inerentes. Su progreso muy raras veces aparece indicado por lo que los historiadores se complacen en llamar acontecimientos de importancia. No los conquistan los ejércitos ni los Senados los ponen en vigencia. Ningun tratado los sanciona ni los recuerda ningun archivo. Surjen en todas las escuelas, en todas las iglesias, despues de haber pasado por diez mil propagandistas y diez mil hogares. La corriente superior de la sociedad no suministra ningun criterio cierto con el cual pueda juzgarse de la direccion que llevan las corrientes inferiores. Se nos habla de derrotas y de victorias. Pero sabemos que las naciones pueden hallarse miserables en la victoria y prósperas en medio de las derrotas. Se nos cuenta la caída de sábios ministros y el engrandecimiento de favoritos corrompidos. Pero debemos recordar cuán pequeño es el bien ó el mal con que un solo hombre de estado puede contribuir al envilecimiento ó á la mejora de un gran sistema social.

El obispo Watson compara á los jeólogos con mosquitos que, posados sobre un elefante, se pusieran á formular teorías relativamente al conjunto de la estructura interna del vaste animal por los fenómenos que observaran en la piel. La comparacion es injusta para los jeólogos pero es muy aplicable á los historiadores que escriben como si el cuerpo político fuera homogéneo y solo atienden á la parte superficial de los acontecimientos sin pensar nunca en la poderosa y variada organizacion que se esconde en las profundidades. A juzgar por tales autores, la Inglaterra se hallaba en la mayor prosperidad al terminar la Guerra de Siete Años y en un estado de degradacion y de miseria á la conclusion de la de América, como si, en definitiva el pueblo no hubiera sido igualmente rico, bien gobernado y educado en el primer periodo que en el segundo. Hemos leído libros llamados Historias de Inglaterra al advenimiento de Jorge Segundo, en que no se mencionan siquiera los primeros pasos del metodismo. Esperamos que de aquí á cien años habrán desaparecido semejantes autores. Si es que todavía existen, describirán el último interregno ministerial en términos que hagan creer que estaba á punto de desaparecer todo gobierno, que el contrato social quedó anulado y que todos se aprestaban á combatir contra sus vecinos hasta que la sabiduría del nuevo gabinete hizo que el orden surgiera del caos de la anarquía. Podríamos asegurar que una buena parte de nuestros anales adolece de parecidos errores.

El efecto de la lectura histórica es análogo, por muchos conceptos, al que produce un viaje por el extranjero. El lector como el turista se trasporta á otro estado de sociedad. Observa nuevas modas. Oye nuevas formas de expresion. Su espíritu se ensancha en la contemplacion de la inmensa variedad de leyes, de moral y de costumbres. Pero hay jentes que por mas que viajen, vuelven con el espíritu tan estrecho como si nunca se hubieran movido de su aldea. De la misma manera hay personas que pueden saber la fecha de muchas batallas y la jenealogía de muchas casas reales sin ser por eso mas instruidas. Son muy numerosos los que estudian el pasado como los príncipes los países estraños. Mas de un ilustre extranjero ha desembarcado en nuestra isla entre las aclamaciones de la muchedumbre, ha comido con el Rey, ha cazado ciervos con el director de las traíllas, ha asistido á una revista de los Guardias y presenciado la recepcion de un caballero de la órden de la Liga, se ha paseado por Regent Street, ha visitado á San Pablo y tomado nota de sus dimensiones, y luego ha partido creyendo haber visto la Inglaterra. En realidad solo ha visto unos pocos edificios públicos, algunos hombres públicos y ceremonias públicas. Pero nada sabe del vasto y complejo sistema de la sociedad, ni de los delicados matices del carácter nacional y las funciones prácticas del gobierno y de las leyes. El que se proponga conocer tales cosas no limitará sus observaciones á los palacios y á los dias solemnes. Debe estudiar á los hombres ordinarios, tales como son en sus ocupaciones ordinarias y en sus placeres ordinarios. Necesita mezclarse con la muchedumbre en la Bolsa y en el café. Tiene que hacerse recibir en la mesa del convidado y en el hogar doméstico. Preciso le será soportar expresiones vulgares y no desdeñarse de visitar los mismos asilos de la miseria. El que quiera estudiar la condicion humana en épocas anteriores, ha de proceder de la misma manera. Si solo fija su atencion en los negocios públicos, en las guerras, los congresos, los debates, sus investigaciones le serán de tan poco provecho como los viajes de esos soberanos reales, imperiales y serenos, que juzgan de nuestra isla, con solo asistir á unos cuantos espectáculos agradables en la corte y celebrar algunas conferencias de forma con unos pocos grandes oficiales.

El historiador perfecto es aquel en cuya obra se muestran en miniatura el carácter y el espíritu de una época. No consigna ningun hecho, no atribuye ninguna expresion á sus personajes, que no tengan la autoridad de un testimonio

competente. Pero, gracias á una discreta seleccion y arreglo, presta á la verdad los atractivos que la ficcion ha usurpado. En sus relatos se observa la subordinacion debida. Unos hechos son prominentes, otros tienen menor importancia. Pero las dimensiones con que los representa, aumentan ó disminuyen, no segun la dignidad de las personas á quienes afectan, sino en la proporcion en que contribuyen á dilucidar las condiciones de la sociedad y la naturaleza del hombre. Nos muestra la corte, el campamento y el senado. Pero tambien nos muestra la nacion. No considera indigno mencionar ninguna anécdota, ninguna peculiaridad de costumbres, ningun dicho familiar que pueda ilustrar la funcion de las leyes, de la religion y de la educacion y marcar los progresos del espíritu humano. No solo se nos deben describir los hombres; es menester que los conozcamos íntimamente. Los cambios de costumbres tienen que ser indicados, no tan solo por medio de unas cuantas frases jenerales ó unos pocos extractos de documentos estadísticos, sino con imágenes apropiadas que se presenten á cada paso.

Si un hombre, tal como lo suponemos, escribiera la historia de Inglaterra, no omitiria seguramente ni las batallas, ni los sitios, ni las negociaciones, ni los motines, ni los cambios ministeriales. Pero con ellos mezclaría los detalles que son el encanto de las novelas históricas. En una de las ventanas de la catedral de Lincoln, hay un hermoso cuadro pintado por un aprendiz en los retazos de cristal que habia desechado su maestro. Es tan inmensamente superior á los demás de la iglesia, que, segun la tradicion, el artista vencido se suicidó de despecho. Sir Walter Scott, de la misma manera, ha aprovechado los fragmentos de verdad arrojados desdeñosamente por los historiadores, en una forma capaz de despertarles envidia. Espigando tras ellos, ha escrito obras que, aun consideradas como historias, difícilmente valdrian menos que las de los primeros. Pero un historiador verdaderamente grande, reclamará los materiales que se ha apropiado el novelista.

Es menester mostrar la historia del gobierno y la historia del pueblo, en la única forma en que pueden aparecer con verdad: en inseparable conjuncion y compenetramiento. No tendremos entonces que ir á buscar las guerras y las decisiones de los Puritanos en Clarendon y su lenguaje en «Old Mortality», ni una mitad del rey Jacobo en Hume y la otra en las Fortunas de Nigel.

La parte primitiva de nuestra historia imaginaria se engalanará con el colorido de la novela, de la balada y de la fábula. Encontraremos en nuestra compañía caballeros como los de Froissart y peregrinos como los que cabalgan con Chaucer en el Tabardo. Veremos la sociedad desde lo mas encumbrado hasta lo mas bajo, desde el augusto manto real hasta las guaridas de los facinerosos, desde el trono del Legado hasta el rincón de chimenea en que se regala el fraile mendicante. Darán verdad y vida al cuadro caminantes, menestriales y cruzados, el augusto monasterio con su buena mesa en el refectorio y su misa mayor en la capilla, el castillo con sus cacerías y sus halcones, el torneo con los heraldos y las damas, las trompetas y las vestiduras de oro. Con mil lijeros toques se nos hará percibir la importancia del burgués privilegiado y el orgullo y espíritu altanero que se henchian bajo el collar del villano degradado. No se nos describirá el renacimiento de las letras en unos pocos y magníficos períodos. Se nos mostrará con innumerables detalles la fermentacion del espíritu y el vehemente deseo de saber que distinguió al siglo décimo sexto del décimo quinto. No veremos en la Reforma un mero cisma que cambió la constitucion eclesiástica de Inglaterra y las relaciones mútuas de los poderes europeos, sinó una guerra moral que estalló en el seno de la familia y lanzó al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, á la madre contra la hija y á la hija contra la madre. Se pintará á Enrique con la maestría de Tácito. Asistiremos al cambio de su carácter, desde su juventud expansiva y alegre hasta su adusta é imperiosa vejez. Notaremos el progreso gradual de las pasiones tiránicas y egoistas en un espíritu que no era naturalmente insensible ni poco jeneroso y hasta el fin distinguiremos en él algunos rasgos de ese temperamento abierto y noble que lo hacian amar del pueblo que oprimía, luchando con las asperezas del despotismo y la irritabilidad de las enfermedades. Contemplaremos á Isabel en toda su debilidad y en toda su fuerza, rodeada por los hermosos favoritos á quienes nunca se confió y por los sábios y viejos estadistas que jamás apartó de su lado, uniendo en su persona las mas contradictorias calidades de sus dos padres: la coquetería, los caprichos, la malicia de Ana, con el altivo y resuelto espíritu de Enrique. No vacilamos en decir que un gran artista hará de esta mujer eminente un retrato que esté por lo menos á la altura del que se encuentra en la novela Kenilworth, sin usar un solo rasgo que no tenga la autoridad de un ámplio testimonio. Al

mismo tiempo se nos hará contemplar la cultura de las artes, la acumulacion de las riquezas, el progreso en las comodidades de la vida. Veremos cómo las torres desde donde los nobles, inseguros ellos mismos, esparcían la inseguridad en torno, fueron dando lugar gradualmente á los salones de la opulencia pacífica, á los pórticos de Longleat y á los augustos chapiteles de Burleigh. Sabremos cómo se extendieron las ciudades y se cultivaron los desiertos, cómo se convirtieron en puertos riquísimos las cabañas de los pescadores, cómo se mejoró la alimentacion del campesino y se hizo mas cómodo su albergue. Veremos que las opiniones y los sentimientos que suscitaron la gran lucha contra la casa de Estuardo, surjieron en la intimidad del hogar antes de manifestarse en los debates parlamentarios. Luego vendrá la Guerra Civil. Las escaramuzas en que Clarendon se detiene con tan prolija minuciosidad, serán relatadas con la concision conceptuosa de Tucídides, como meros eslabones de un encadenamiento. Pero entrarán en el cuadro y lo harán mas exacto y mas conmovedor á la vez los grandes rasgos característicos de la época, el leal entusiasmo de la valiente nobleza inglesa, la feroz licencia de los réprobos, blasfemos, tahures y borrachos cuyos excesos perdieron la causa real,—la austeridad de las fiestas dominicales de los presbiterianos de la ciudad, la estravagancia de los predicadores independientes de los campos, el vestido sencillo, la severa actitud, los meticulosos escrúpulos, el acento afectado, los nombres absurdos y las frases que distinguían á los puritanos: el valor, la política, el espíritu público que se ocultaban tras estos desgraciados disfraces, las pesadillas del hombre delirante de la quinta monarquía y los sueños no menos estravagantes del filósofo republicano.

Las lecciones que han de surjir de la historia escrita de esa manera, tendrán un carácter á la vez vivido y práctico. Hablarán á un tiempo á la imaginacion y al entendimiento.

No solo se dibujarán superficialmente en el espíritu, sino que quedarán grabadas en él y así se aprenderán muchas verdades que solo en esa forma se pueden adquirir. En la historia de los estados, tal como se la escribe jeneralmente, las mas grandes revoluciones y las de mayor consecuencia, parecen presentarse como inflicciones sobrenaturales, sin preparacion y sin causa. La verdad es, entre tanto, que tales revoluciones casi siempre derivan de cambios morales, que paulatinamente han ido introduciéndose en las masas y que en sus comienzos adelantan mucho camino sin que ninguna medida pública

indique su progreso. El conocimiento íntimo de la historia doméstica de las naciones, es, por eso, absolutamente necesario para estudiar la prognósis de los sucesos políticos.

Un relato deficiente bajo este punto de vista es tan inútil como lo sería un tratado de medicina que pasara por alto todos los síntomas que se refieren al primer periodo de las enfermedades, para ocuparse de aquellos que solo se presentan cuando el enfermo está ya fuera del alcance de los remedios.

Un historiador como el que hemos intentado describir sería ciertamente un prodigio intelectual. En su espíritu se hallarian equilibradas en esquisita armonía facultades que dificilmente son compatibles. Mas pronto nos será dado ver otro Shakespeare ú otro Homero. El mas alto grado de escelencia á que una sola facultad puede llegar, es menos maravilloso que esa feliz y delicada combinacion de cualidades. La contemplacion de modelos imaginarios, no es, empero, una tarea desagradable ó inútil para el espíritu. Ciertó es que ella no puede producir la perfeccion, pero propende á la mejora y alimenta ese descontento liberal y jeneroso que no está en contradiccion con una grande sensibilidad para apreciar el mérito, y que, al par que exalta nuestras concepciones del arte, no nos hace injustos con el artista.
